

MURAL DE LA NEGRITUD



Alicia N. Labourcade

EDITORIAL DUNKEN

Alicia N. Lahourcade

..

Mural de la Negritud

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2008

ÍNDICE

Teselas.....	9
--------------	---

Viejos Pecados

Los Afro – Coloniales

Cómo y por qué llegaron.....	25
La vida esclava.....	31
Las postrimerías del dominio español: rebeliones y héroes.....	37

Los Afro - Argentinos

El Status Legal.....	43
Etnias y “naciones”.....	47
Morenos en armas.....	50
Esclavos rurales.....	54
Mujeres, negras y esclavas.....	57
El arte como testimonio.....	64
Negro sobre rojo.....	66
Población negra y mulata – Buenos Aires.....	66
El Ocaso.....	75
Una inmigración diferente.....	80
Periodismo y Política.....	82
Morenos a escena: música y teatro.....	85
Religión, sincretismo y magia.....	91
Candombe sacro.....	99

Los Afro - Chascomunenses

Una sociedad de frontera: blancos, indios y negros:.....	105
Apogeo y ocaso de la morenada	114
“Los Negros Alegres”.....	116
La Capilla.....	122
Fuentes	129

La degradación del hombre hasta transformarse en una cosa sin voluntad al servicio de otro hombre, es un viejo pecado, mancha imborrable de la condición humana.

Desde tiempos remotos, la esclavitud ha sido una triste constante. Desde los albores de la historia, la tribu belicosa ponía los vencidos bajo el dominio de los vencedores: las ofrendas a los dioses, el sostenimiento del fasto, el trabajo en todas sus formas, eran el tributo que pagaban los esclavizados.

Aún las más altas culturas, como Grecia y Roma consintieron y utilizaron a fondo la esclavitud; la gloriosa Atenas hacía posible la vida de sus ciudadanos consagrados al Gimnasio, la Política, la Filosofía, porque cientos de esclavos trabajaban para ellos. En Roma, los generales vencedores eran recibidos triunfalmente: su gloria se medía por los tesoros y los esclavos que lograban en cada campaña, y que participan de la ceremonia.

El etnocentrismo, el mito de las razas superiores, los pueblos elegidos por los dioses, la soberbia personal, justificaban tal degradación.

Sin embargo, existe una esclavitud por antonomasia, dilatada en el tiempo y jalonada de horrores: es la que se desarrolló lo largo de tres siglos, XVI, XVII y XVIII, con los negros africanos trasladados a América. Obligados por la toma de Constantinopla por los turcos, y empujados por el lucrativo comercio de las especias, los europeos armaron sus galeones y se lanzaron a la conquista de otros mundos; ya desde el Siglo XV, Enrique el Navegante, de Portugal, y los Reyes Católicos de España dejaron hacer a los mercaderes y aventureros que, como fruto de sus correrías, se apoderaban no sólo de africanos, sino también de judíos, turcos y hasta rusos. En especial, Portugal, en su

marcha paralela a la costa africana, buscaba mano de obra servil para los molinos azucareros instalados en las Islas de Madeira y Azores, sus primeras conquistas.

Las otras potencias colonizadoras, Inglaterra, Francia, Holanda, no tuvieron mayores escrúpulos en tolerar la esclavitud y servirse de ella; en la propia España, cristianos y musulmanes se habían esclavizado mutuamente a lo largo de la Reconquista (718-1492).

El descubrimiento de América, al enfrentar razas y civilizaciones diferentes, puso sobre el tapete la condición de los aborígenes americanos, que pese al alto grado de cultura que algunos poseían, fueron siempre considerados inferiores; sin embargo, España desde el principio, se ocupó en numerosos documentos de la suerte de los indígenas, empezando por el testamento de Isabel la Católica, y siguiendo por la firme voluntad de su biznieto Felipe II, quien manda y ordena a sus capitanes:

“Tengáis muy buen cuidado del buen tratamiento de esos naturales, y de no dar lugar á que se les haga agravio alguno”.

(Real Cédula, 1554)

En general, un espíritu de benevolencia, más el deseo de convertir a los naturales a la fe católica, campea en las Leyes de Indias; muchas veces benefician a los indios en detrimento de los colonizadores, que, en honor a la verdad, rara vez las cumplían.

Se debe a los misioneros y órdenes religiosas, la preservación de elementos culturales precolombinos: ellos preservaban códices, reunían tradiciones, y, para predicar mejor aprendían las lenguas indígenas que se hablan todavía; por contraste, los capitanes, enfermos de codicia, no vacilaban en fundir las más bellas obras de los orfebres amerindios.

Lo extraordinario es que, en defensa de los naturales, diezados por el trabajo y las pestes, se introdujeron en América los africanos.

Alicia N. Lahourcade, es Profesora Superior de Historia de La Universidad de Buenos Aires, Doctora en Historia de La Universidad de Madrid y Licenciada en Ciencia Política de La Universidad del Salvador.

Su tesis sobre *Creación del hombre en las religiones de América Precolombina*, fue premiada y publicada por el Instituto de Cultura Hispánica (España).

Su libro *Chascomús entre dos Siglos*, fue elegido y editado como regalo del Banco de la provincia de Buenos Aires a la ciudad bonaerense con motivo de celebrar su Bicentenario, 1979.

Radicada en Chascomús, trabajó con pasión en el rescate de su riquísima historia, en tres libros ya clásicos: *Historias para mi pueblo*, con los hechos fundamentales de la que fuera Guardia de San Juan Bautista, *Nuevas historias para mi pueblo*, con las relaciones entre la historia local y la nacional, y *Chascomús y el Mundo*, mostrando movimientos y personajes en el marco del acontecer mundial.

En *Ingeniero Felipe Senillosa. Una vida positiva al servicio del País*, en base a la documentación del AGN, rescata la vida apasionante y no del todo conocida, de este personaje, mitad europeo, mitad argentino.

La doctora Lahourcade participa activamente en jornadas y encuentros sobre temas de su especialidad, que paralelamente expone en charlas y seminarios.

Ha publicado artículos en los *Cuadernos Hispanoamericanos* y la revista *Todo es historia*, entre otras publicaciones.

Se desempeñó como Directora de Patrimonio Histórico de La Municipalidad de Chascomús. El tema de la comunidad negra, su apogeo y ocaso, ha protagonizado varias de sus investigaciones, coronadas por este, *Mural de la Negritud*, que pretende iluminar el aporte racial y cultural de los Afro a la sociedad argentina.

El mosaísta está de pie, frente a la pared en blanco. A su alrededor, canastos de pequeños cubos de colores: mármoles brillantes, vidrios que parecen arder con fuego interior, alguna perla, alguna piedra preciosa: son su elemento, las teselas.

Las elige, las combina, gradúa los colores, estudia los efectos. Poco a poco, mágicamente, las figuras aparecen, los rostros trabajados con minucia, los vestidos sabiamente plegados.

La escena total ha cobrado vida, y reluce, porque el mosaico es una pintura para la eternidad. De igual manera, el investigador está frente a la página en blanco. A su alrededor, clásicos libros de consulta, códigos y leyes, fotografías que lo miran desde un pasado presentado, y muchos, muchos borradores con citas, fechas, testimonios, reflexiones. Esos son sus elementos, sus teselas.

También él los selecciona, los elige, y va delineando los personajes, las escenas, las identidades con especial cuidado.

El pasado surge, se hace patente, se corporiza.

Así, como un gran mural, con negritud de todos los paisajes y todos los tiempos, se hizo este libro.

ISBN 978-987-02-3479-1



9 789870 234791